

Pastoralia

Serie: CELEP – Una década al servicio de Jesucristo

Visiones

Visión I

Guillermo Cook

Visión II

Rodolfo Saborío

Visión III

Plutarco Bonilla A.

Guillermo Cook – Rodolfo Saborío – Plutarco Bonilla A.
Visiones
Artículo publicado en el 2º semestre de 1984
Revista Pastoralia n^{os}. 12/13 – Año 6 – Páginas 19 a 26



VISIONES

La comprensión del propio pasado, la percepción del presente y la proyección hacia el futuro son aspectos que están íntimamente relacionados. ¿Cómo se percibe el CELEP respecto de uno de estos factores o de todos ellos? Hemos solicitado al Director General, al Director Ejecutivo y al anterior Director General que escriban sobre este tema: “¿Cómo percibe el CELEP su propio trabajo?”. Ninguno sabía lo que el otro iba a escribir. Los tres “atacaron” el tema desde perspectivas distintas. A sus respectivos trabajos los hemos denominado Visión: I, II y III.

VISIÓN I

Guillermo Cook

La forma como una institución se percibe a sí misma es el fruto de la interacción de varios factores. Una cosa son los objetivos – la visión original – de los fundadores, y tal vez otra sea la comprensión de los que más tarde se sumaron a la institución. No se puede pasar por alto, tampoco, el influjo de las motivaciones – conscientes e inconscientes – que han influido en el ánimo de todos los que tuvieron algo que ver con la institución. Sin embargo, el factor más importante en la autocomprensión de un organismo como el CELEP es la forma como, colectivamente, la institución responde a los desafíos que, en la soberanía divina, se interponen en su camino. A este factor histórico (sin con ello sugerir que lo demás no sea histórico también) se suma el elemento teológico, que para una institución cristiana debe ser fundamental.

Creemos que el CELEP ha sido fiel a la visión original de sus fundadores. Los aportes de numerosas personas que se han relacionado con el CELEP durante sus once años de vida han sido evaluados, en la medida de lo posible, a la luz de los objetivos que impulsaron a Orlando y Rosie Costas, un puñado de profesores y estudiantes del Seminario Bíblico, y algunos miembros del equipo del Instituto de Evangelización a Fondo (INDEF), a lanzarse a la aventura de lo que más tarde llegaría a ser el CELEP.

Esto no quiere decir que todos los programas del CELEP fueron previstos por los fundadores, ni que todo lo realizado sea necesariamente lo mejor que el equipo del CELEP podría estar haciendo. En vista de esto, me parece importante subrayar la perspectiva teológica del CELEP, que fue, y sigue siendo, el motor de su autopercepción. Este planteamiento del tema no responde a una formulación oficial de la institución que representamos, sino que es, más bien, mi Interpretación particular del sentir del equipo del CELEP.

La autopercepción celepina se fundamenta en nuestra comprensión de la palabra “pastoral”. Este vocablo tiene su origen, por supuesto, en una vocación que fue muy corriente en los tiempos bíblicos. Hoy, son relativamente pocos los lugares en América Latina donde se apacientan ovejas. Pero, la imagen del pastor que se desvive por sus ovejas caló profundamente en el pensamiento bíblico. En el Antiguo Testamento, los profetas llaman “malos pastores” a los reyes y sacerdotes de Israel que habían dejado de

cumplir su vocación. (véase: 1R. 22:27; 2Cr. 18:16; Isa. 56:11; Jer. 2:8; 3:14,15; 23:1-4; 25:34-38; 50:6, Ez. 34; Zac. 10:2,3.; 11:3-8,15-17; 13:7). Y en Isaías 44:28, Dios denomina a un rey pagano “mi pastor”. En el Nuevo Testamento, podemos percibir el desarrollo de un ministerio pastoral – de enseñanza y cuidado de los fieles – en la iglesia local (cfr. Efe. 4:11 con He. 13:17,24). Con el correr de los años este ministerio va adquiriendo cada vez mayor importancia, hasta concentrarse en el episcopado y usurpar las funciones de los otros ministerios (apóstol, profeta y evangelista).

“Pastoral” en las Escrituras no es, sin embargo, un ideal abstracto. Se objetiva en el Dios Creador del Antiguo Testamento (Gn 49 24, Sal 23, 80:1, Ec 12:11), y en el Dios encarnado del Nuevo. En el Nuevo Testamento, encontramos el modelo de lo que debe ser la pastoral en el ministerio de Jesucristo (Juan 10, He 13:20, 1 Pe 2:25, 5:4).

La expresión mas clara de Jesús a este respecto la encontramos en Juan 10:10, 11: “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor, el buen pastor su vida da por las ovejas”. Vemos aquí dos, clases de pastoral, diametralmente opuestas. De un lado están los falsos pastores (descritos con lujo de detalles en el Antiguo Testamento), asalariados, que hurtan, matan y destruyen. Es una pastoral de antvida. Con ella se identifican fuerzas demoníacas que militan contra el Reino de Dios. Tristemente, y a veces sin saberlo, la iglesia, cuando ha llegado a ser acomodada y poderosa, se ha identificado con esta falsa pastoral.

La pastoral que nuestro Salvador ejemplifica es la negación de lo anterior. Es una pastoral de vida plena. Esta plenitud se define en el Antiguo Testamento como *shalom* (paz, integración de la personalidad, o, como dice el profesor Wolterstorff, la incorporación de “relaciones correctas y armoniosas con Dios y el deleite en su servicio de relaciones correctas y armoniosas con los demás seres humanos y el deleite en la comunidad humana... de relaciones correctas y armoniosas con la naturaleza y el goce de nuestro ambiente físico”: UNTIL JUSTICE AND PEACE EMBRACE, pág. 70). El Nuevo Testamento usa expresiones sinónimas: “vida eterna”, “salvación” y “reino de Dios” (O “de los cielos”), entre otras. Para ser súbdito de este Reino (poseer la vida eterna), se requiere, en primer lugar, un acto de arrepentimiento y de conversión – un volver las espaldas al reino de la muerte para comenzar a caminar en el Reino de la Vida. Por esto, la pastoral auténtica comienza con el anuncio de salvación en Jesucristo. La Buena Nueva es que el Buen pastor ha dado su vida para que sus ovejas tengan vida.

Porque el Buen Pastor ha dado su vida por las ovejas que no son de su redil, la pastoral de la vida nos impone transmitir un nuevo estilo de vida pro-vida (valga la redundancia), como anticipo del Reino que vendrá. La pastoral pro-vida de Jesús no se limitó a sus amigos y adeptos. Alcanzó a ricos, y sobre todo a pobres. Tocó a ciudadanos ilustres, pero en particular a mendigos, prostitutas, adúlteras, publicanos y revolucionarios. Condenó únicamente a aquellos que, como los fariseos (falsos pastores), habían optado primero por la muerte.

La autopercepción del CELEP se fundamenta en estas pistas bíblicas. En la medida de lo posible, nuestra pastoral procura tomar en cuenta los siguientes criterios:

1. Se basa, primero, en un ideal bíblico, y tiene muy presente la desfiguración de éste ideal por motivaciones antibíblicas. Frente a las falsas pastorales que abundan hoy en América Latina, queremos demostrar un estilo pastoral alternativo. Este ideal proviene del

Dios Creador que se preocupa por todas sus criaturas.

2. Este nuevo estilo pastoral es más que una metodología. El CELEP quiere plantear un *ethos* pastoral de vida que desafíe las pastorales de muerte que imperan hoy en el mundo (el armamentismo, la violencia institucionalizada o anárquica, el hambre y desempleo, la indiferencia frente al dolor, el egoísmo, en fin, todo lo que nos deshumaniza).

3: El sentido de esta pastoral proviene de nuestra vocación evangelística. Todo el que acepta a Jesucristo como Salvador no será automáticamente un agente de la vida plena del Reino. Al mismo tiempo, “el hombre nuevo” no es producto de esfuerzos humanos ni de transformaciones estructurales. Es el resultado de la acción soberana de Dios en Jesucristo, quien también puede operar por medio de estructuras sociales y a través del esfuerzo humano, particularmente cuando ambos se someten a su señorío. Por eso, el CELEP, procurando realizar una pastoral auténtica, se preocupa por el crecimiento integral de la iglesia – en sus dimensiones cualitativas y cuantitativas – con el fin de lograr transformaciones personales y sociales.

4. A falta de una pastoral auténtica, – o con el propósito de juzgar las falsas pastorales –, Dios puede levantar (con fines específicos) “pastores” y “siervos” (como Ciro y Nabucodonosor) que no nombran el nombre de Jesucristo. Es nuestro deber discernir estas instancias, evaluar su validez y, en determinadas circunstancias, contribuir con nuestro aporte profético-pastoral. Al hacer esto, correremos el riesgo de equivocarnos y de ser mal entendidos. Preferimos, sin embargo, equivocarnos en la acción que cometer errores de omisión. En un mundo en crisis, no podemos darnos el lujo de una pastoral “de brazos cruzados”.

La perspectiva pastoral del CELEP sobrepasa, pues, los límites de las funciones de un pastor, laico o profesional. Aunque incluye la reflexión y la capacitación pastoral de ese tipo, no se agota en ellas.

“Pastoral” define un *ethos*, un acercamiento particular a todos los ministerios que el Espíritu Santo derrama sobre su iglesia. Es la perspectiva de Aquel que dijo, “He venido para que tenga vida y les rebose. Yo soy el modelo de pastor. El pastor modelo se desprende de su vida por las ovejas”. Este es el modelo pastoral al que el CELEP aspira.

* * * * *

VISIÓN II

Rodolfo Saborío

Como entidad que nació hace ya diez años, el CELEP cuenta con su propia historia. En esta breve reflexión quisiéramos mirar lo menos posible hacia atrás, aunque estamos muy conscientes de que cuando se escribe en la perspectiva del mañana es prácticamente imposible dejar de mirar, aunque sea de reojo, el ayer.

Para entender el ministerio presente y futuro del CELEP es necesario señalar, aunque sea a grandes rasgos, dos hechos reales, que a nuestro modo de ver deben tomarse en cuenta en el trabajo cristiano en Latinoamérica.

Por un lado, tenemos que reconocer que en los últimos años la situación eclesiástica ha cambiado mucho. En algunos de nuestros países se han producido cambios drásticos en la vida y relaciones de algunas iglesias. Los signos de apertura que daban algunas de ellas hasta hace poco tiempo, de pronto han desaparecido. La unidad de la iglesia evangélica que en algunos países había perdurado por décadas, de un momento a otro se ve rota. El caso de Costa Rica es un claro ejemplo. Esta fisura ya ha aparecido en algunas de las misiones foráneas y en otras este síntoma comienza a aparecer. Un hecho triste que prueba la realidad de esos cambios se manifiesta en la actitud de algunos misioneros foráneos. El misionero, que poco a poco “había ido soltando las riendas” para que los nacionales asumieran las responsabilidades (que de hecho les pertenecen), parece que comienza de nuevo a luchar por escalar posiciones de mando dentro del engranaje de la Iglesia nacional. Obviamente, esto es un manifiesto retroceso, pero es real y hay que tomarlo en cuenta.

Por otro lado, debemos considerar que en nuestro continente el liderazgo es bastante heterogéneo. Hay líderes con mucha preparación académica, tanto teológica como secular; también encontramos a un buen número que han tenido pocas oportunidades de estudio, pero han sido usados por Dios en su Iglesia y muchos de ellos han acumulado una valiosísima experiencia. Damos gracias a Dios porque unos y otros forman parte igual del cuerpo de Jesucristo.

Teniendo cuenta estas dos realidades, el CELEP debe desarrollar su ministerio en esta segunda década de trabajo, y, al hacerlo, debe mantener vigente su perspectiva de trabajo en equipo. En los últimos años esto ha sido muy evidente. Sin embargo, creemos que este modelo de trabajo puede perfeccionarse todavía más.

El Departamento de formación bíblico-teológica tiene grandes posibilidades de desarrollar en forma amplia su ministerio, usando como recursos a los miembros del equipo celepino dispersos en varias regiones de Latinoamérica.

Si tomamos en consideración que todavía en nuestras iglesias predomina un machismo evidente, el Programa de Pastoral de la Mujer tiene en sus manos la posibilidad de capacitar a las mujeres para el trabajo en las comunidades de fe. Es obvio que la mujer no solamente puede tejer, cocinar, lavar, planchar o hacer cualquier otro oficio casero, sino que también está en capacidad de reflexionar teológicamente y llevar adelante el ministerio que Dios ha encomendado a su iglesia.

Los medios de comunicación en nuestra sociedad no siempre son usados con honestidad. Tenemos que reconocer que muchas veces son manipulados para distorsionar la verdad. Pastoral de la Comunicación, con su libertad para trabajar, tiene la oportunidad para preparar y dirigir talleres de comunicación, en los que de una manera u otra, el tema de “la manipulación en los medios de comunicación” debe ser tratado. De hecho, el próximo año, se tendrá una consulta latinoamericana sobre este mismo tema.

En algunos de nuestros países hay un alto índice de población indígena. Damos gracias a Dios porque el evangelio también les ha llegado. Pero tenemos que reconocer que estos coterráneos han sido marginados y las oportunidades de educación han sido

mínimas para ellos. El CELEP debe prestar atención especial a esta parte del pueblo de Dios. Por medio de sus proyectos de pastoral indígena debe incrementar su trabajo en las zonas indígenas. Debe hacerlo con prudencia y arrojo, honestidad y comprensión, amor y solidaridad. Debe compartir con esos hermanos el amor pleno de Jesucristo y trabajar hombro a hombro con ellos. Ya el CELEP ha dado muestras de su interés por los hermanos indígenas, pero en esta nueva década debe ampliar su ministerio y buscar nuevas áreas de servicio.

La literatura como medio de educación debe también ocupar un lugar central en el ministerio del CELEP. En los dos últimos años hemos venido hablando de publicar pequeños folletos de fácil lectura y de bajo costo. Nos parece que esto llenaría un gran vacío. En la perspectiva del CELEP este tipo de publicaciones debe ser prioritario.

En conclusión, creemos que el CELEP tiene un amplio campo de trabajo en Latinoamérica. Trabajar en estrecha relación con las iglesias debe continuar siendo una de sus metas, en la perspectiva de esta nueva década que comienza.

Habrán ocasiones en que no será fácil trabajar, pero el Espíritu del Señor está con nosotros y nos guiará para cumplir con fidelidad el ministerio que se nos ha encomendado. Esperamos poder encarnar diariamente las palabras del Maestro: no estamos en nuestro continente para que nos sirvan, sino para servir a nuestro Dios y a nuestros hermanos.

* * * *

VISION III

Plutarco Bonilla A.

Como ya se ha indicado, diversos factores incidieron en la formación del CELEP y en su posterior independencia del Instituto de Evangelización a Fondo. La naturaleza de esos factores fue también muy variada. Sin embargo, desde el principio, el CELEP se definió como un organismo que estaba al servicio de la iglesia. Tal determinación se ha mantenido a lo largo de los años y así lo ha reiterado en sus declaraciones la propia Junta Directiva.

La cuestión que debemos plantearnos es, entonces, la siguiente: ¿Cómo concibe la Dirección del CELEP ese servicio a la iglesia? ¿Qué formas toma o debe tomar?

Antes de cualquier referencia a la manera específica como se ha llevado o se está llevando a cabo ese ministerio diaconal, bueno es que reflexionemos acerca del sentido mismo del servicio cristiano. Porque no todo servicio es realmente servicio.

Si lo que hacemos “para ayudar” contribuye más bien a empeorar situaciones, a agudizar dependencias, a rechazar a los hermanos, a crear división en el cuerpo de Cristo, a distanciar al hermano o a distanciarme de él por la sencilla razón de que no pensamos exactamente de la misma manera, eso no es servicio efectivo.

Si, por el contrario, lo que se hace busca la maduración "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" de quienes somos parte de su cuerpo, entonces sí hay verdadero servicio. Pero, ahí se corren riesgos, y serios. Porque ello trastorna lo que suele ser nuestro orden de valores. Ya no ocupa el primer lugar nuestro interés en conseguir o mantener el poder, o el afirmar la permanencia de la institución con la que nos identificamos laboralmente, o el tratar de acelerar por cualquier medio disponible el crecimiento cuantitativo de nuestro propio grupo. No se persigue, entonces, la simple confirmación de lo que la iglesia es ahora, para que todos los que la forman se sientan felices. Lo que se quiere, más bien, es poner bajo escrutinio serio y responsable, en el contexto de la Palabra de Dios, nuestras actitudes y creencias, nuestras opiniones y alianzas, nuestro trabajo todo. Y esto no nos gusta, y no les gusta a muchos hermanos y hermanas nuestros que prefieren no tener que escuchar palabras perturbadoras.

CELEP quiere entender el servicio en este último sentido, y está dispuesto a correr los riesgos y a pagar el precio que haya que pagar para ser fiel a este aspecto de su vocación. En este servicio buscamos también la unidad de la Iglesia, pero sabemos que esa manera de entenderlo hará que otros nos rechacen (o que, quizá, se sientan rechazados por nosotros). Como hay realidades inevitables ante las cuales mal podríamos hacer lo del avestruz, de una cosa sí quisiéramos estar siempre seguros: que en la práctica de esta vocación, nuestro norte sea la *fidelidad* al evangelio, vivida en *amor*.

En este marco general se encuadran las actividades en que se expresan los diversos ministerios del CELEP.

Nuestras publicaciones – como PASTORALIA y OCCASIONAL ESSAYS – se caracterizan por estar orientadas a provocar en el lector el interés por la reflexión pastoral – bíblica y teológica – en el contexto específico de nuestra realidad actual. De ahí que hayamos dado cabida a artículos que algunos lectores pudieran considerar “altamente” provocativos. Pues la fe no es solo cuestión del corazón, sino también de la mente. No en vano el término neotestamentario para conversión (*metanoia*) tiene en su raíz la palabra “mente”. Por medio de nuestros trabajos escritos deseamos darle concreción al “estudio” que es parte del nombre oficial del CELEP.

Ahora bien, en armonía con nuestra norma y tradición, el CELEP realiza su ministerio (de publicaciones o de cualquier otra naturaleza), tratando de ser fiel a la enseñanza bíblica y reconociendo que la Palabra de Dios es la fuente e inspiración de nuestro quehacer y de nuestras perspectivas. Por ello creemos que “diálogo” es la palabra clave: apertura al otro para el enriquecimiento mutuo, en beneficio de la totalidad del cuerpo, “para que el mundo crea”.

La formación bíblico-teológica ocupa – en virtud de esta perspectiva – un puesto de primerísima importancia. No se trata meramente de la existencia de un departamento que lleve ese nombre, sino más bien de que los diversos programas y actividades en los que el CELEP está envuelto incluyen necesariamente esos aspectos fundamentales. Así sucede con los trabajos de pastoral de la mujer o con pastoral de las comunicaciones; también con los talleres de educación continuada programados por el CELEP en diferentes países (ya sea por sí mismo o en estrecha colaboración con otros organismos de similar, orientación).

Este ideal pretende ser marco de referencia para todo nuestro trabajo. Es decir, con el como elemento esencial de juicio – entre otros elementos también esenciales –

analizamos y evaluamos nuestro servicio. Ejerce, por ende, una adicional función correctora, pues “no pretendemos haber alcanzado ya nuestra meta sino que proseguimos hacia ella hasta alcanzar el premio de la vocación celestial en Cristo Jesús”.

Y, como decíamos al principio respecto de la vocación original del CELEP, todo ello lo ponemos al servicio de la Iglesia en la perspectiva del Reino de Jesucristo. Pues la Iglesia es más plenamente tal cuando es *simultáneamente* evangélica y evangelista, bíblica y latinoamericana, adorante y profética.